

Hablar, escuchar y contemplar: Job e Ignacio de Loyola¹

Enrique Sanz Giménez-Rico

Universidad Pontificia Comillas

esanz@teo.upcomillas.es

Acercar dos libros que a tantas generaciones han iluminado y marcado, el libro de Job y el libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola (EE), es el objetivo de esta contribución que con tanto afecto y reconocimiento dedicamos a los profesores Arzubialde, Castro y Sanz de Diego, quienes, sin duda, los han leído, estudiado y meditado en numerosas ocasiones a lo largo de su larga y fructífera vida académica. Acercarlos y reconocer en ellos diversos elementos comunes; el principal quizás, eje de estas páginas, la importancia que en ambos posee la relación entre el Creador y la criatura.

¿Semejanzas entre el libro de Job y EE?

Es conocido que el libro de Job se abre y cierra con un prólogo y un epílogo en prosa y que su cuerpo central lo forma la composición poética Job 3,1-42,6. Un libro en el que-primera característica- pueden encontrarse numerosas referencias repetidas en su comienzo y su final en prosa: el motivo de los hijos e hijas y el de los animales (ovejas, camellos, bueyes, asnas) en Job 1,2-3; 42,12-13 / términos o expresiones como «mi siervo Job» (Job 1,8; 2,3; 42,7-8), «ofrecer un holocausto» (Job 1,5; 42,8), «ceniza» (Job 2,8; 42,6) / misma raíz hebrea en Job 2,8.10; 42,8 (tomar / estupidez). Lo mismo sucede en el principio y el final de su composición poética: son muy numerosos los términos o expresiones que podemos encontrar en Job 3,3-26 y en Job 38,1-41,26; hay también una estrecha relación entre Job 3 (comienzo de la disputa de Job con Dios) y Job 38,1-42,6, donde encuentra una respuesta y solución la citada disputa, de contenido fundamentalmente creacional (bondad y orden de la creación)². Por último, recordamos otra destacada conexión entre Job 1-2 y Job 38-42: el uso del verbo responder. A diferencia de lo que ocurre en los diálogos, que son más bien monólogos, entre Job y los amigos, en los que no se especifica el destinatario de la respuesta («Job respondió», «Bildad respondió», «Sofar respondió»), al comienzo y al final de Job se menciona y

¹ En J. GARCÍA DE CASTRO – S. MADRIGAL (ed.), *Mil gracias derramando*. Experiencia del Espíritu ayer y hoy, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2011, 107-120.

² Ampliando nuestro horizonte, podemos decir que la intervención del propio Job en Job 3 incluye temas y referencias que pueden encontrarse en Job 4-42, que detalla, entre otros, K. ENGLÄHRINGER, *Theologie im Streitgespräch. Studien zur Dynamik der Dialoge des Buches Ijob* (SBS 198), Stuttgart 2003, 30-31. Véase también A. PASSARO, *Domande e risposte sulla giustizia in Giobbe*: RStB 14 (2002) 119-136.

hace explícito el destinatario de las palabras entre Dios y su interlocutor (Dios respondió a Satán, Dios respondió a Job, Job respondió a Dios)³.

Un libro, además, segunda característica, en el que, a pesar de la separación que puede existir entre el prólogo, el epílogo y el resto de los capítulos del libro por motivo del género literario utilizado (prosa y poesía), existe una inseparable conexión entre ellos, como queda expresado mediante diversos ejemplos:

- Job 1-2 y Job 3: conviene leer la parte en poesía que se inicia en Job 3,1-2 como un nuevo inicio pero también en relación con Job 1-2.
- Los amigos llegan y permanecen juntos para consolar a Job sin pronunciar una sola palabra (prólogo), y, como grupo, se dirigen a él sin parar de hablar (contraste con el silencio anterior) y de manifestar con matices diversos la doctrina sapiencial tradicional: el mal alcanza al que comete el mal, pero el justo conoce la felicidad⁴.
- Diversas referencias entrelazadas en capítulos diversos: a) la experiencia de Dios de Job 9 y la de la doble teofanía de Job 38-42; b) Job 13,22 y Job 38,3; 40,7; 42,4; c) palabras de Elifaz en Job 5,17 y plenitud de las mismas en Job 38,1-42,6.
- ¿Quién es Dios? Es quizás ésta una de las preguntas centrales del libro de Job, que recorre prácticamente todos sus capítulos. Para los amigos, Dios es el que retribuye. Para Job, Dios es culpable y responsable de su sufrimiento (Job 3); es «el que le dispara flechas» (Job 6,4); es «el guardián del hombre, el que lo inspecciona y escudriña cada mañana, el que no soporta su pecado ni deja pasar su falta» (Job 7,17-21); es el que no responde al hombre cuando éste se acerca a él y le pregunta por el funcionamiento del universo y por el sufrimiento del justo, debido a su grandeza y su descontrolado y devastador actuar (Job 9); es su «defensor que, estando en el cielo y en las alturas, lo defiende» (Job 16,18-19);

³ B. COSTACURTA, “E il Signore cambiò le sorti di Giobbe”. *Il problema interpretativo dell’epilogo del libro di Giobbe*, en V. COLLADO BERTOMEU (ed.), *Palabra, prodigio, poesía. In memoriam P. Luis Alonso Schökel, S.J.* (AnBib 151), Roma 2003, 253-266; F. MIES, *L’espérance de Job* (BETHL 193), Leuven 2006, 287-292.

⁴ Parece claro que desde su primera aparición Elifaz, Sofar y Bildad aparecen unidos como grupo que se opone a Job. Sobre la doctrina de la retribución conviene recordar en primer lugar que uno de sus soportes es la convicción de que las decisiones y elecciones morales del ser humano se reflejan en su actuar, en sus acciones. De ahí que el que elige el mal no solo hace el mal a otros, sino también a sí mismo. Y, en segundo, que no está marcada por el determinismo o automatismo, sino caracterizada por la actuación salvífica de Dios que busca que el mal se convierta en bien. Para ello es necesario que quien peca comprenda que ha cometido mal, para poder así ser salvado. Por eso el sufrimiento, que es consecuencia del mal, puede ser ocasión para reconocer el pecado y ser salvado.

es su liberador, vindicador, *goel*, que lo libera y rescata (Job 19,25)⁵; es el que «no está en el oriente ni en el occidente, no se le distingue ni en el norte ni en el mediodía» (Job 23,8-9); es un juez arbitrario que interpreta la doctrina de la retribución con arbitrariedad y gobierna el mundo sin mostrar interés por la injusticia y la violencia que alcanza a los inocentes (Job 24).

Por último, tercera característica, clave y central en el libro de Job es el poema de Job 28, una «meditación sobre la sabiduría inaccesible», un capítulo que mira a los anteriores y posteriores. Un primer ejemplo que ilustra esta afirmación es la correspondencia entre Job 1,1, donde se presentan las características de Job «hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal», y Job 28,28, en donde puede leerse que «en el temor del Señor está la sabiduría». Un segundo: si el desencuentro entre Job y los amigos caracteriza a Job 3-27, Job 28 expresa dicha ruptura por medio de un mensaje radicalmente distinto del de los amigos de Job, a quienes, además, hace callar y *guardar* silencio. Tercer ejemplo, Job 28 presenta ya numerosas referencias que los capítulos posteriores explicitan y desarrollan definitivamente: la centralidad de Dios, que va a ser el que ocupe el lugar principal en los capítulos 38-42, en donde se desvela el sentido definitivo del libro de Job; la *necesidad* de que sea Dios, «el único que conoce el camino de la sabiduría, el único que sabe dónde se encuentra» (Job 28,23), el que hable para lo cual es *necesario* que todos los demás (Job, Elihú) se callen; la mención de que «la perdición y la muerte reconocen: a nuestros oídos ha llegado su fama, la de la sabiduría» (Job 28,22), que tan en contacto se encuentra con Job 42; el tema de la sabiduría divina que se da antes de la creación del mundo y que el hombre no puede escrutar (en Job 28 y Job 38-41)⁶.

Podemos encontrar también en EE las tres características señaladas del libro de Job: conexión entre comienzo y final del libro, relación entre las partes del mismo y lugar central de uno de sus capítulos (Job 28).

De modos distintos y con matices diferentes ha sido estudiada la conexión entre el comienzo de EE, el Principio y Fundamento (PyF), y la Contemplación para alcanzar amor (CAA), su final. Algunos han resaltado que PyF y CAA son la conclusión

⁵ R. DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento* (BHer.SE 63), Barcelona 1985, 52: «El *goel* es un redentor, un defensor, un protector de los derechos del individuo y del grupo, que interviene en cierto número de casos».

⁶ La mediación de Job 28 hace presentir la gran lección que Dios dará a Job cuando le responda dos veces desde el seno de la tormenta (Job 38,1; 40,6). Sobre todos estos aspectos, véanse L. ALONSO SCHÖKEL – J. L. SICRE DÍAZ, *Job. Comentario teológico y literario*, Madrid 1983, 391-403; J. LÉVÊQUE, *Job ou le drame de la foi* (LeDiv 216), Paris 2007, 80; W. MCKANE, *The Theology of the Book of Job and Chapter 28 in Particular*, en M. WITTE (ed.), *Gott und Mensch im Dialog II*, Fs. O. KAISER (BZAW 345,2), Berlin 2004, 714; J. VAN OORSCHOT, *Die Entstehung des Hiobbuches*, en T. KRÜGER - M. OEMING - K. SCHMID - C. UEHLINGER (ed.), *Das Buch Hiob und seine Interpretationen. Beiträge zum Hiob-Symposium auf dem Monte Verità vom 14.-19. August 2005* (ATHANT 88), Zürich 2007, 180.

vivencial de la dinámica interna de EE en orden a la vida cristiana, y que presentan una misma disposición y un mismo marco, con formas un poco distintas: abstracta, el primero, y afectiva la segunda. Otros han indicado que CAA es respuesta a PyF; y, más en concreto, la manifestación definitiva de la perspectiva de servicio presente en el comienzo de EE. Hay quien afirma que CAA es un desarrollo y una explicitación de PyF; el reverso y el anverso de un tapiz, en el que el dibujo del reverso alcanza su significación plena en el anverso. También se sostiene que PyF es una oferta de libertad que Dios dirige al deseo del ejercitante y que CAA es la respuesta de éste mediante la cual inserta su libertad en el proyecto divino. Se ha defendido igualmente que PyF y CAA son las bisagras extremas en las que están presentes los designios divinos creacional y salvífico. Por último, se ha afirmado que dicha conexión es muy estrecha, tanta como para formar una gran inclusión de apertura y cierre de EE: por la referencia a la creación de PyF (relación del hombre con la creación en función de su dependencia de Dios) y CAA (relación de la creación con el hombre por el amor de Dios); por el proceso ascendente de PyF (del hombre a Dios a través de las cosas) y descendente de CAA (relación entre la infinitud divina y lo creado en el Verbo y el Espíritu)⁷.

Segunda característica similar al libro de Job: la relación estrecha de las diversas partes de EE. Empezando por la constatación de que, aunque PyF y CAA no pertenecen al corpus inicial de EE salido de Manresa, se encuentran, sin embargo, en relación con [EE 53, 197, 234-235]. Igualmente, numerosas son las conexiones de PyF con el resto de EE: es el mapa que se va llenando y completando durante los EE, su síntesis; es el armazón de las meditaciones de EE; está presente en los momentos más importantes y cruciales del proceso de EE (Rey Eternal, Dos Banderas, elección y tres grados de humildad) y por eso algunos lo llaman iniciación de los mismos; el «solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados» [EE 23] es experiencia de iniciación de la indiferencia y del *magis*, tan necesarios, entre otras, para la elección (de destacada importancia en EE); el «hacer reverencia», «servir» y «salvar su alma» reaparecen en diversos momentos de la 1ª, 2ª, 4ª semanas. Lo mismo se puede decir de la conexión entre numerosos pasajes de las cuatro semanas de EE y CAA: esta última solo puede explicarse con el resto del camino que el ejercitante recorre en EE, pues es clave de interpretación del mismo; ella culmina, por ejemplo el «solamente deseando y eligiendo» (1ª y 2ª semana EE); el amor que desciende de Dios (CAA) solo

⁷ S. ARZUBIALDE, *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis* (Manresa 1), Bilbao – Maliaño (Cantabria) 2009, 124, 560; G. FESSARD, *La dialectique des Exercices Spirituels de S. Ignace de Loyola. Fondement – Péché – Orthodoxie* (Théologie 66), Paris 1966, 35; ID., *La dialéctica de los «Ejercicios Espirituales» de San Ignacio de Loyola. Tiempo – gracia – libertad* (Manresa 43), Bilbao – Maliaño (Cantabria) 2010, 208-209; I. IGLESIAS, *La Contemplación para alcanzar amor en la dinámica de los Ejercicios Espirituales*: Manresa 59 (1987) 374-375; J. M. RAMBLA, *La creación en los Ejercicios. Comunión y servicio*: Manresa 70 (1997) 239; E. ROYON LARA, *El Principio y Fundamento ¿inicio o conclusión?*: Manresa 53 (1981) 32.

se recibe si se ha acogido la verdad de la meditación del Reino y de la 3ª semana de EE; CAA es el resultado de lo que se realiza en las elecciones⁸.

Tercera referencia similar a Job. La meditación de «Dos Banderas» y de «Tres Binarios» y la consideración de las «Tres maneras de humildad», que Ignacio de Loyola introduce entre las contemplaciones de la 2ª semana de EE, son probablemente centrales y estratégicas en EE, pues, además de tener en cuenta el recorrido andado, ayudan al ejercitante a liberarse de los condicionamientos afectivos en su decisión de seguir al Señor («Rey Temporal»), cuyo culmen es la elección [EE 169-189]. Pero, ¿cuál es su sentido? Ignacio de Loyola intuye que ninguna de nuestras decisiones son puras o neutras, pues están atravesadas por la dialéctica *Lucifer – Cristo Jesús*. Por eso, y porque *Lucifer* se disfraza con facilidad de Cristo Jesús bajo apariencias de verdad y de bien, recuerda al ejercitante que el seguimiento de Cristo, además de estar basado en la generosidad («Rey temporal»), necesita unas altas dosis de lucidez («Dos Banderas») y de *desregionalización* del deseo («Tres Binarios»), para que así su afectividad no esté pegada o atada a personas, cargos, etc. que le impidan vivir en y con la libertad deseada (la libertad está frecuentemente amenazada por los afectos)⁹.

La creación en el libro de Job

Una lectura atenta y pausada de Job 1-42 permite observar cómo la creación y el señorío de Dios en el universo ocupan un importante lugar en dichos capítulos. Sin deseo de ser especialmente exhaustivos, sí podemos referirnos a la presencia de dichos temas en el prólogo del libro (Job 1,16.19), en los discursos de Elifaz (Job 4,17-19; 5,9-10; 15), Bildad (Job 25,1-6; 26,7-9), Sofar (Job 11,7-9), en muchas intervenciones de Job (Job 3,20; 9,5-10; 10; 12,7-10; 23,3.8-10; 26,5-14; 29-31), en los discursos de Elihú (Job 32,22; 35,5-7; 36,22-37,24). Y, de una manera muy especial y digna de resaltar en capítulos decisivos para comprender el libro de Job (Job 28; 38,1-42,6). Sobre todos ellos centramos ahora nuestro interés¹⁰.

⁸ S. ARZUBIALDE, o.c. (nota 7), p.111, 118-121; M. J. BUCKLEY, *Contemplación para alcanzar amor*, en GEI. (ed.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Bilbao – Maliaño (Cantabria) 2007, 452-456; G. FÉSSARD, *La dialectique*, p.22-23; I. IGLESIAS, o.c. (nota 7), p.374-375, 384; J. LOSADA, *Presencia de Cristo Jesús en el Principio y Fundamento*: Manresa 54 (1982) 47; K. RAHNER, *Meditaciones sobre los ejercicios de San Ignacio*, Barcelona 1971, 17, 23, 258-260; J. M. RAMBLA, o.c. (nota 7), p.235; F. ROSSI DE GASPERIS, *Sentieri di vita. La dinamica degli Esercizi ignaziani nell'itinerario delle Scritture I. Principio e Fondamento e Prima Settimana*, Milano 2005, 137; E. ROYÓN, o.c. (nota 7), p.24-31; ID., *Principio y Fundamento*, en GEI. (ed.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Bilbao – Maliaño (Cantabria) 2007, 1490-1496.

⁹ S. ARZUBIALDE, o.c. (nota 7), p.379-443; J. A. GARCÍA, *Más que perversos, ignorantes. Una escuela del corazón*: Sal Terrae 88 (2000) 470; A. GARCÍA ESTÉBANEZ, *Ejercicios Espirituales: método*, en GEI. (ed.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, Bilbao – Maliaño (Cantabria) 2007, 693-694.

¹⁰ J. LÉVÊQUE, o.c. (nota 6), p.201-234.

Escuchar a Job «abrir su boca» en Job 3,1 y en el resto de este capítulo es recordar inmediatamente el primer relato de la creación de Gn 1,1-2,3 y muchas de sus referencias. En ésta su primera larga intervención, Job no puede soportar sufrir, vivir con dolor, vivir muriendo. Una vida así es ciertamente angustiosa y por eso pregunta, entre otras cosas, por qué Dios da la vida a quien anhela la muerte, por qué conviven la creación, llena de bondad, y la dura y oscura existencia que, por ejemplo, él mismo ya experimenta. Es cierto que Job acepta la vida con sus contradicciones y sus límites, pues no escapa de ella, pero, al mismo tiempo, afirma que dichas contradicciones son absurdas. Y-aspecto importante éste también- se dirige a Dios por medio no de una maldición sino de una acusación, abriendo así la puerta a que Dios responda a dicha acusación y, si es el caso, cambie de opinión o parecer: «¿Por qué alumbró con su luz a un desgraciado y dio vida a los que están llenos de amargura... a quien no encuentra su camino, y a quien Dios cierra el paso?» (Job 3,20.23).

Ella es el comienzo de un largo recorrido que se da a lo largo del libro de Job, en el que –característica clave y central del mismo - su protagonista busca a Dios y se dirige a El para que le responda. Esto es tan importante que otros aspectos de interés que caracterizan dicha relación de Job con Dios (fuertes acusaciones, declaraciones muy poco ortodoxas, ataques casi despiadados) parecen quedar en un segundo plano.

Pero aún hay más. Ante la agotadora vida que le toca vivir, llena de angustia, sinsentido y sufrimiento, Job podría haber optado, por ejemplo, por suicidarse y quitarse de en medio. También podría haber intentado cambiar o transformar esa insoportable situación. E –importante en el marco de este estudio que acerca el libro de los Ejercicios de San Ignacio y el libro de Job- el «hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal» (Job 1,1) podría haberse movido por deseos de curación, riqueza, honor o larga vida; o por anhelos y esperanzas de restauración de su suerte primera, de su bienestar y prosperidad: bueyes, asnas, ovejas, camellos, siervos, pastores, hijos e hijas.

Un dato más. El corazón de Job aparece afectado en muchas y diversas situaciones. Sus hermanos le traicionan como los torrentes que se quedan sin agua (Job 6,15), sus amigos le afligen y acribillan con unas palabras que no son otra cosa que insulto y maltrato (Job 19,2-3), sus criados le tratan como a un extraño y es para ellos como un desconocido (Job 19,15), a su mujer y a sus hijos les resulta repugnante (Job 19,17), sus íntimos y amigos se vuelven contra él y se horrorizan de él (Job 19,19), la gente más joven se ríe de él, le hace burla, le escupe (Job 30,1.9-10).

Pues bien, en toda esta crítica situación Job podría haber pegado y apegado sus deseos y esperanzas a objetos, personas, situaciones, que mitigasen su profundo y angustioso dolor. En su angustia, podría haber respondido a tanto dolor y sufrimiento por medio de esa respuesta falsa, pero que muchas veces aparece como verdadera en el ser humano: «lo que calma y apaga la angustia que produce la inseguridad, el temor, el miedo al futuro es la riqueza... Los bienes, materiales o espirituales, acaban con nuestra inseguridad, angustia y miedo... Y el corazón que se hace víctima de la codicia de la

riqueza pasa inevitablemente a depender de su imagen social, y de ahí a buscar el prestigio que termina en opresión y soberbia»¹¹.

No parece, sin embargo, que el actuar de Job se mueva en estos últimos parámetros indicados. Por una parte, tras la traición, el rechazo y el desprecio de conocidos, amigos y familiares Job ve la mano de Dios y quizás por eso es a Él a quien se dirige. Por otra, se mueve y actúa con un notable nivel de libertad interior, con un elevado índice de indiferencia: la del que no se apega a los bienes presentes o futuros ni a la fama ni a la soberbia.

Porque, y dando un paso más, para Job solo Dios es importante, a Él solo busca y en Él solo espera. Desde Job 3 en adelante, el protagonista del libro – y en esto se diferencia enormemente de lo que hacen los amigos- se dirige a Dios como interlocutor, manifestando de ese modo su esperanza en Él. Porque hablar a alguien es expresión de confianza y esperanza en él, en su capacidad de estar presente, y de recibir y escuchar la comunicación y responder a ella. Dicha esperanza y confianza no chocan con el hecho de que, en su diálogo con Dios, Job lo imagine con las características brevemente presentadas en el apartado anterior: el arquero que clava en él sus flechas venenosas, el guardián intransigente, el todopoderoso devastador, el ausente, el juez arbitrario, el *goel*, el defensor¹².

Este camino recorrido por Job es confirmado por primera vez en Job 28: solo Dios es el interlocutor válido a quien puede abrirse Job; solo en Él puede confiar, ya que «solo Dios conoce el camino de la sabiduría, solo Él sabe dónde se encuentra, pues El ve hasta los extremos de la tierra y percibe cuanto hay bajo los cielos» (Job 28,23-24). Además, dicho capítulo ofrece sobre todo la pista que va a conducir al encuentro definitivo entre Job y Dios, cuya expresión más conocida es –en boca de Job-: «te conocía solo de oídas pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5).

Desde el principio del libro de Job –ya lo hemos señalado- su protagonista ha buscado a Dios, ha esperado en Él y ha dialogado con Él; fundamentalmente porque quería entender el sentido y el misterio de la vida, es decir, y en términos conocidos para el ámbito sapiencial, alcanzar sabiduría. A partir de Job 3 el protagonista del libro se dirige a Dios, a un Dios cuyo rostro va descubriendo progresivamente, gracias al diálogo que establece con Él. Pues bien, al escuchar la meditación sobre la sabiduría inaccesible (Job 28), el sufriente Job escucha: que solo Dios conoce el sentido y el misterio de la vida, es decir, la sabiduría; que el hombre no la conoce; que la perdición y la muerte la

¹¹ J. A. GARCÍA, o.c. (nota 9), p.471.

¹² En un interesante estudio diacrónico sobre el libro de Job, J. Vermeulen distingue la caracterización negativa de Dios en boca de Job como perteneciente a la segunda y principal etapa de la formación del libro; la positiva pertenece, en cambio, a la tercera. Véanse J. VERMEYLEN, *Job, ses amis et son Dieu. La légende de Job et ses relectures postexiliques* (StB 2), Leiden 1986; ID., *El Dios de la Promesa y el Dios de la Alianza. El diálogo de las grandes intuiciones teológicas del Antiguo Testamento* (Presencia Teológica 60), Santander 1990, 219-222, 265-267, 309-310.

conocen solo de oídas (Job 28,22) y, por eso, quien se acerque a éstas puede acercarse al misterio del sufrimiento, al misterio de la vida, y, a pesar de que nunca los pueda conocer, encontrar el camino para llegar a ellos.

Job 28 ofrece, además, una novedad determinante en el camino emprendido por Job: coloca al Dios creador en el lugar central del poema, invitando así al mismo Job a escuchar a éste último, a dejar que hable y se comuniquen con él.

Ello sucede en la teofanía de Dios de Job 38,1-42,6; en la doble teofanía de Job 38,1 y Job 40,6: «el Señor respondió a Job desde la tormenta y dijo». Una teofanía que ciertamente valida y plenifica la esperanza de Job en Dios. Y una teofanía que ofrece un mensaje novedoso que hasta entonces Job no había escuchado: que el Dios a quien con tanto ahínco había buscado no es el Dios que lo persigue y controla, el que le dispara flechas, el que le juzga de manera arbitraria y cruel, el que se lo lleva por delante con un poder arrasador, sino el Dios creador, el Dios bueno.

Mediante dos interesantes discursos, llenos de referencias al ámbito de la creación, Dios confronta en primer lugar a Job con sus límites temporales y espaciales, con sus límites del saber y del poder. Una confrontación en la que solo Dios habla e interviene, y que pone de relieve la incapacidad de Job para hablar sobre la creación, así como para percibir la bondad del Dios creador (Job 38,9; 38,39.41; 39,1-3.5-12.17). Incapacidad a la que probablemente Job ha llegado por haberse quedado encerrado y bloqueado en el pequeño y reducido mundo al que le han conducido el dolor y el sufrimiento, que queda precisamente ensanchado por la doble intervención de Dios (teofanía). Y una confrontación que continúa en el segundo y decisivo discurso de Dios a partir de Job 40, en donde, de nuevo mediante las *avasalladoras* palabras que el primero dirige al segundo, Dios propone a Job un cambio de papeles (Dios es la criatura y Job el creador), y donde sin duda queda claro quién es el creador y quién la criatura. Y lo propone, entre otros medios, desmitologizando a las potencias míticas del mal y del caos (Beemot y Leviatán: Job 40,15-41,25), personificación del mal en la creación, que solo Dios conoce en profundidad. Ambas aparecen en boca de Dios como sus criaturas, como poderosas criaturas, y ante ellas Job, a quien se le pide que manifieste su respeto por lo que escucha decir a Dios, se muestra impotente e incapaz de dominarlas y controlarlas. En definitiva, un segundo discurso con el que Dios logra despojar a Job de todo instinto de querer ser y llegar a ser «Dios creador», «Señor», y en el que le invita a responder si quiere ser creador o criatura y a situarse ante el creador desde el lugar propio de la criatura.

Al comienzo del libro de Job, su protagonista entonaba una afligida lamentación por lo incomprensible y absurdo de la creación (Job 3). Al final del mismo, ese llanto amargo parece quedar superado por las bellas palabras que pronuncia por última vez Job, al descubrir el lugar que ocupa en la creación: ser criatura. Ya el comienzo de Job 38, de una manera irónica, resalta la relación yo-tú entre Dios y Job, entre el creador y la criatura (Job 38,3). Y el propio Job, en Job 42,1-6, retoma y expresa el valor de dicha relación cuando pide a Dios que escuche un último mensaje. En él afirma, por una parte,

que Dios, el creador, es el que instruye y enseña, y Job, la criatura, el que pregunta. Por otra, que ha oído y visto a Dios, es decir, que ha reconocido a Dios y ha conocido su verdad, encontrándose así con él, en la teofanía y en la palabra, de una manera nueva y personal. Y, por último, que «detesta polvo y cenizas pero que se retracta y consuela» (Job 42,6). Se trata ésta de una posible traducción del Texto Masorético, que, más que hablar de un arrepentimiento de Job, expresa el consuelo que éste encuentra en el sufrimiento. Así, Job detesta el polvo y las cenizas porque ciertamente la muerte no tiene valor o dimensión positiva; pero en esa situación, difícil, oscura y negativa, Job encuentra el consuelo y la tranquilidad. Dicho con otras palabras, que resuenan a alguna afirmación anterior: Job valora de manera realista su pasado pero no se queda en él encerrado.

La respuesta de Dios en Job 38,1-42,6 es expresión de que la esperanza de Dios no era una quimera: el dirigirse a Dios conllevaba implícitamente la convicción de que Dios es y está, aunque permanezca en silencio. Además, es el propio Dios el que confirma a Job y lo afirmado por él, al dirigirse a Elifaz, uno de los amigos, en Job 42,7-9: Job ha sabido hablar *sobre* Dios de manera correcta y bien fundada. Mientras que los amigos no han hablado sobre Dios, en traducción literal, «en verdad», Job, con términos extremos, exagerados y con frecuencia poco ortodoxos, no ha dejado de expresar su fe, esperanza y confianza en un Dios bueno. Al fin y al cabo, mientras que los amigos han hablado porque creían saber y ser sabios, Job ha hablado porque quería saber. Por eso Dios confirma que su hablar ha sido correcto¹³.

La creación en EE

Se ha dicho en más de una ocasión que EE son un camino afectivo para amar a Dios más que a cualquier otra cosa, pues nos libera de toda afección desordenada que nos impide adherirnos a Dios. Se ha dicho también que EE, y también el conjunto de la obra de San Ignacio de Loyola, son una *schola affectus*, es decir, una escuela que unifica el corazón, en la que el ejercitante aprende a recibirse totalmente de Dios y a entregarse totalmente a su Reino¹⁴.

Algunos especialistas afirman que el factor central y determinante de EE es la elección personal; otros, en cambio –de éstos estaríamos más próximos–, la educación de la sensibilidad del ejercitante, su conversión, para que sea connatural con la de Cristo el Señor y pueda así identificarse con Él¹⁵. En cierto sentido, ambos guardan una estrecha relación y no convendría separarlos en exceso. Pues bien, sea uno u otro el objetivo primordial de EE, hay, sin embargo, un aspecto característico y muy propio del método

¹³ B. COSTACURTA, o.c. (nota 3), p.253-261; K. ENGLJÄHRINGER, o.c. (nota 2), p.169-196; J. LÉVÊQUE, o.c. (nota 6), p. 139-155; F. MIES, o.c. (nota 3), p.265-268, 281, 378, 401-420, 455-456, 463-464, 581-590; ID., *Job a-t-il été guéri?*: Gregorianum 89 (2007) 725-726.

¹⁴ J. A. GARCÍA, o.c. (nota 9), p.465; F. ROSSI DE GASPERIS, o.c. (nota 8), p.157.

¹⁵ J. A. GARCÍA, o.c. (nota 9), p.475-476; K. RAHNER, o.c. (nota 8), p.17;

que propone Ignacio de Loyola: la centralidad que en él tienen el creador y la criatura, es decir, el ámbito de la creación.

El comienzo de EE apunta ya en esa dirección. El PyF es una oferta de libertad de Dios al ser humano para que éste dirija su vida hacia Dios. En él se describe al ser humano libre, que se recibe solo de Dios y que, orientado y ordenado por la voluntad divina, se consagra únicamente a su Reino. Al ser humano, que es criatura dependiente de Dios y que, aceptando incondicionalmente esa dependencia del Creador, está llamado a «alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor», alcanzando así, mediante la identificación con Cristo, la madurez de su libertad y la comunión con Dios, su salvación.

Ignacio de Loyola parte, pues, de la relación primera, primordial y esencial del ser humano con Dios que tiene dos aspectos recíprocamente conectados: ser criatura que se recibe de Dios y ser criatura que quiere volver hacia él. Y es toda la realidad, toda la creación, el medio que puede favorecer la realización y la plenitud en el ser humano tanto de su ser criatura como de su alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, tres términos (verbos) recogidos en PyF que rezuman y remiten a la libertad.

Ahora bien, y he aquí un aspecto decisivo en el recorrido de EE, el ser criatura y el volver hacia Dios, hacia el creador, es decir, el proyecto del ser humano de vivir libremente y en libertad, se encuentra amenazado por el propio corazón humano y por la realidad en la que vive. En concreto, por tres importantes obsesiones que no le permiten ni vivirse como criatura de Dios ni vivir para Dios: la obsesión por una vida sana y larga, la codicia obsesiva de bienes materiales y espirituales y la obsesión por el prestigio y el poder, expresión sin duda de la «deriva del corazón humano y al retorcimiento de su vocación más profunda».

Ignacio de Loyola es consciente de ello desde el comienzo de los EE y por eso propone diversos ejercicios o terapias espirituales para salir de esa situación obsesiva que tanto angustia y aliena al ser humano. Uno de ellos es la indiferencia o «distancia de las cosas que hace posible mirarlas con la objetividad requerida para una decisión», porque todas, que son «criaturas puente» y no «criaturas término», pueden ayudar para el fin que se propone. Una indiferencia que debe alcanzar también a todas las dimensiones de nuestro ser (los deseos, los afectos) e incluir dos tan importantes como la sensibilidad y la corporeidad. De manera especial la sensibilidad: el fundador de la Compañía de Jesús, que desconfiaba quizás de las conversiones únicamente interiores, estaba convencido de que solo cuando los sentidos del ser humano sean connaturales a los de Jesús, aquél podrá vivir de manera cristiana, siguiendo al Señor al que quiere servir. Y para que esto sea verdad y para que la conversión y vuelta hacia Dios para vivir solo en Él sean también verdaderas, es necesario que la sensibilidad del ser humano sea connatural con la sensibilidad del Señor, con su ver, oír, oler, tocar. Para lograrlo, Ignacio de Loyola

propone, a partir de la 2ª semana de EE, continuos ejercicios espirituales de contemplación de la vida de Cristo: de su vida, muerte y resurrección [EE 101-237]¹⁶.

Se ha dicho que contemplar es confesar que Dios no es un objeto, sino un sujeto radicalmente libre, que se deja mirar y conocer. La contemplación, que tiene su proceso en cuatro momentos (revelación – trasvase – conversión – cambio), pone juntos al hombre y al misterio, para que haya interacción y asimilación del uno por el otro. Es un encuentro entre Dios y el ser humano, en cuyo espacio se penetra no por las potencias de la psiqué humana (memoria, entendimiento, voluntad), sino a través de la actividad de los sentidos. Porque lo que hay en la inteligencia, por ejemplo, las razones del ser humano para seguir a Dios, puede ser transformado con instrospección personal; pero lo que hay en los sentidos puede ser transformado solo por medio de imágenes (de la vida, la muerte y resurrección de Jesús), que a su vez pueden deslizarse y descender a las zonas afectivas y al corazón del ser humano, transformándolo, contagiándolo, y haciendo posible que el que contempla quede configurado por lo que ha visto, oído, mirado, gustado de la vida de Jesús, y su seguimiento sea así libre y generoso. En definitiva, la contemplación es un verdadero diálogo y encuentro interpersonal por el que el ser humano recibe el conocimiento interno de Jesús¹⁷.

Pues bien este proceso de cristificación del que realiza los EE a lo largo de las 4 semanas, y muy especialmente por medio de los ejercicios de contemplación de los misterios de la vida de Cristo de la 2ª, 3ª y 4ª semanas, le lleva a ofrecer al final del recorrido, especialmente en CAA, una respuesta en la que acepta la libertad que Dios le ofrece al comienzo del mismo, a la vez que inserta su propia libertad en el proyecto de Dios: «Tomad, Señor, y recibid...» [EE 234-237].

Es un proceso que puede ciertamente entenderse en clave creacional y que aparece en PyF (recuérdense las menciones anteriores) en CAA y en todo el proceso de EE. Recuérdese, por ejemplo que, a lo largo de EE, en muchos de sus pasajes, se pueden encontrar repetidas referencias a Dios como «Criador», «Criador y Señor» [EE 5.16. 20.38-39.50.52.184.316-317.324.351], que se comunica directamente con el ser humano [EE 15], y que a su vez es el redentor: «Dios es inseparable del mundo creado; el orden de la creación no es negado por el orden de la redención; la relación con el mundo pasa por la relación con Cristo, don auténtico de la redención». También son continuas las referencias a que el mundo y el hombre son criaturas creadas por Dios.

¹⁶ S. ARZUBIALDE, o.c. (nota 7), p.111; G. FÉSSARD, *La dialectique*, p.17-23; J. A. GARCÍA, o.c. (nota 9), p.466; A. GARCÍA ESTÉBANEZ, o.c. (nota 9), p.690-697; K. RAHNER, o.c. (nota 8), p.25-26; F. ROSSI DE GASPERIS, o.c. (nota 8), p.140-141; E. ROYÓN, o.c. (nota 7), p.30.

¹⁷ Sobre la contemplación ignaciana, véanse: S. ARZUBIALDE, o.c. (nota 7), p.335-342; J. A. GARCÍA, *Miramos... y contemplamos un rostro. Cómo orar en esta convulsa Navidad*: Sal Terrae 89 (2001) 953-965; F. J. RUIZ PÉREZ, *Contemplar para ser. La propuesta ignaciana de acercarnos a la Vida ajena*: Sal Terrae 91 (2003) 471-482.

En PyF Ignacio de Loyola se fija especialmente en el ser humano que, siendo criatura de Dios, se abre a Éste en la alabanza, la reverencia y el servicio. Posteriormente, la contemplación de los misterios de la vida, muerte y resurrección de Jesús, el Hijo libre, expresan la verdad del ser humano, centro de la creación: Dios se le acerca dándole el ser (creándolo) y entregándosele en el Hijo.

Y al final, en CAA, parece expresarse el sentido pleno de la creación: Dios se revela como amor, como amoroso creador, y, por amor, desciende en toda la creación hacia el hombre, facilitando que el ser humano y la creación, por la libertad del primero, sean atraídas y asciendan a Dios, en donde está su origen (lo que somos desciende de lo que Dios es). Sí, en CAA Ignacio de Loyola describe la nueva creación: Dios está presente en toda la creación y la creación y la vida son llamada y lugar de comunión entre el creador y la criatura; Dios es y está en las cosas como un obrero que trabaja por mí (por ejemplo en la creación continua) y que nos llama a trabajar con él, a ser cocreadores con él. Por eso, reconocer a un Dios trabajador es entrar en el misterio de Dios Amor creador y redentor, que me sigue creando y redimiendo y me invita a participar en su acción creadora y salvífica en el mundo. Al fin y al cabo, quien pide «dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta» es libre de toda afección desordenada a las criaturas, pues pone toda su vida solo en Dios, el Criador de todas ellas¹⁸.

Conclusión

Hablar a Dios y hablar sobre Dios parecen ir muy de la mano en el libro de Job. Tanto que conforman los continuos movimientos, los continuos ejercicios de su protagonista en el apasionante itinerario que presentan Job 1-42, y hacen posible que el «hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal», es decir, el hombre libre, no llegue a explicar o solucionar el sentido del sufrimiento pero sí a superarlo, afirmando que éste tiene un final: que en el silencioso y punzante dolor se puede descubrir a Dios como el creador bondadoso. Y que cuando Éste se revela como tal *ayuda* a la criatura a situarse en el lugar que le corresponde en la creación y a entender el binomio que caracteriza la plena relación con Él: escuchar y hablar.

Algo no muy distinto, quizás, eso sí, a través de un camino diferente, es lo que le puede suceder a la criatura que se embarca en la apasionante aventura de los EE y se entrega al ejercicio de la contemplación de Jesucristo, libre de afecciones desordenadas y arraigado y cimentado en su Criador y Señor. A Éste, de quien únicamente procede, es a quien el ejercitante quiere volver desde el comienzo de EE, para alabarle, hacerle reverencia y servirle. Pues bien, gracias a las meditaciones (pecado, Rey Eternal, Dos

¹⁸ S. ARZUBIALDE, o.c. (nota 7), p.560-582; M. J. BUCKLEY, o.c. (nota 8), p.455; J. A. GARCÍA, “*Mi Padre trabaja siempre*”. *El “Trabajo de Dios por mí” en la contemplación para alcanzar amor*: Manresa 68 (1996) 49-58; J. M. RAMBLA, o.c. (nota 7), p.230-231.

Banderas, Binarios, etc.) y, sobre todo, gracias a las contemplaciones de los misterios de la vida de Cristo dicho ejercitante, tras hacerse consciente de que puede vivir disgregado o separado de su Creador por estar sus afectos desordenados, queda capacitado para vivirse y entenderse como libertad capaz, por la creación y la vida, de unirse con la libertad de Dios, su creador, y encontrarse así con Él, como creador amoroso en todo lo creado.

A los tres profesores homenajeados, que inician ahora una nueva etapa de su vida, les deseamos que puedan seguir encontrándose con el Criador y Señor y recibir gracias y dones de la su divina y suma bondad [EE 20]; bien por medio de una adecuada conjunción del escuchar y del hablar, bien por medio del cultivo de la contemplación, bien por medio de lo que de Él les puedan revelar y mostrar todavía la Sagrada Escritura, la Historia de la Iglesia y la Teología Espiritual.